

El sueño y la libertad en la poesía de Gregory Zambrano

Por: Jimmy Uzcátegui

En la poesía de Gregory Zambrano (Mérida, 1963), descubrimos la magia y la realidad que se esconde dentro de la Poesía; en ella está presente como un reto la tonalidad de los sueños, que ponen a prueba la sinuosidad de un lenguaje que se mueve entre lo aparentemente sórdido de lo espiritual y la tensión que se desprende de su inmersión en el ambiente cotidiano.

La poesía de Gregory Zambrano parte del hallazgo de la cotidianidad, una significación envuelta en percepciones de la realidad circundante. Existe en ella una indagación en la incertidumbre, y trata de perfilar la figura del encanto que entre el deseo y la irreverencia del amor hacen una fuga constante de la cual la única arma es el poema.

La relación con lo vivencial está expuesta en muchos de sus poemas, desde el punto de vista descendente, corre la memoria hacia la infancia, precedida por infinitos signos, por la angustia de una interrogante seca y ardida, que a veces abandona el contexto lineal de las cosas y acusa cierto itinerario donde la queja o la dolencia entablan su escenario atravesado por preocupaciones sociales, sin perder la visión de la ventana biográfica.

En su primer libro de poemas **Víspera de la Ceniza** (1990), Mérida, Editorial Venezolana, 53 p. (Ediciones Mucuglifo), lo evidencia claramente, ya que el Poeta vincula la cotidianidad de la existencia, la alusión al pasado y el paradójico esperar de lo que sucederá en el futuro, además nos muestra su visión nostálgica y la meditación de la palabra en un contexto impredecible, casi relativo a los sueños, donde el pasado se asocia al plano temporal y la metáfora se intuye línea a línea.

Este poemario es la permanencia en esa materia de alma que se niega a morir: la infancia: “Crónica”, “Al margen de esta orilla”, “Despedida,” “Aniversario”, “Llueve esta tarde”, “Tránsito”, “Testamento”, “Final de juego”, y un poema que por su desnudez y transparencia constituye uno de los símbolos de **Víspera de la ceniza**: “Solar de la infancia”:

En el fondo de la casa/ una mirada colmada de preguntas/ un callarse para reír por dentro/ Los años han pasado dejando su huella/ muy atrás/ profundamente/ Ahora caminas/ ávido de noticias/ y tu sueño tiene la lumbrería de la misma estrella/ vuelves a la infancia / a los nuestros/ padre y madre/ al mismo solar de ayer / patio de los juegos/ lleno de sidra, ají, maizales / y viento silban entre las tardes”.

Es como un largo poema subdividido en momentos que nos aproximan a una vida de compromisos, tanto al interior como al exterior del mismo acto poético. En él se encuentran las vertientes de un lenguaje que funde múltiples vivencias como pretexto inexorable de la expresión. Poemas que transportan los símbolos de una voz que se asume profundamente cotidiana y que al mismo tiempo resguarda, en la complicidad de la palabra, íntimas disquisiciones ante las paradojas de hoy que vuelven clínicamente a posarse sobre las mismas incertidumbres, sobre el fuego crepitante de las premoniciones. Es el verso que asume la denuncia y no es indiferente a su entorno, pero que no vocinglea ni arenga en nombre de frases pre-hechas, que es como suele ocurrir en la poesía testimonial o tendenciosa.

En “Limites” nos lo demuestra: *“Existe un país/ donde amar significa más/ que un verbo una certeza/ saber que muy lejos/ yacen las utopías/ Ese país ha roto las ataduras/ ese país habita mi corazón”*.

Sus poemas revelan el hallazgo de una tonalidad propia que ya se encamina hacia una forma definitiva; valga decir hacia un intento de cristalización. Por esta razón, la espera se ha visto colmada de alegría por su sincera alianza entre ese manido pero admirable lugar común que unifica en un solo cuerpo praxis y teoría para hacer de la vida un acto de nobleza, de solidaridad y de justicia: tan claro y desgarrador, como ese “Final de juego”, donde también nosotros, desprendidos hacia lo alto, como una cometa aterida en las ramas del viento, solitarios en medio de la noche, nos preguntamos: *“Si al final quedan las palabras /¿cuánta distancia /alimentará el olvido?”*.

En **Víspera de la ceniza** hallamos una poesía iniciática, que recoge tres momentos de existencia y de lenguaje; a medida que ella se va desarrollando se pueden captar pasajes de mayor esplendor que otros; sin lugar a dudas, la tonalidad se acentúa cuando el poeta centra y fija sus versos en el recogimiento amoroso: *“Voy a expandir sobre tu frente/ olorosa a jardín de entrada a la estación nueva/ todas las cosas que he guardado/ como el secreto que hace tiempo me confió la lluvia/ Voy a darte mis silencios, a pintarte en las montañas/ y bajarte cálida de todas las estrellas./ Voy a repetirte en cada canción que elijas/ en las calles donde algo que contar halla pasado/ (...) Voy a amarte/ voy a amarte en cada plaza/ en cada calle de esta ciudad que se cierra sobre sí misma/ (...) Voy a acercarte al límite de todo cuanto está prohibido,/ a los velos que interrogan llenando de pájaros las preguntas...”*

La estructura del libro está dividida en dos partes: “Palabras para el espejo” y “Canción de ayer”. Esta recopilación de 28 poemas augura que Gregory Zambrano se perfila como un poeta de voz renovadora, cuya trayectoria estará marcada por la constante indagatoria en la veracidad de los sueños y en la reconstitución artística de los mismos utilizando insistentes imágenes oníricas.

En **Víspera de la ceniza** está el hombre que se busca y se encuentra, está el poeta que se descubre, el ser humano que acumulando brasas para la hoguera de la convocatoria amistosa, prende fuego a la estufa de la realidad, para ir hacia el encuentro de nuevos caminos.

Tanto en **Víspera de la Ceniza**, como en su segundo libro de poemas, **Dominar el silencio** (Ediciones Mucuglifo, Venezuela, 1994, 51p.), hay un encuentro con nosotros mismos en cada esquina de la vida. Aunque la intención del poeta no sea hacernos reflexionar, lo logra a través de esos textos breves, punzantes y que dejan flotando algo en el aire. En esta segunda obra el poeta abre su verdad insertando, a modo de frontispicio, un epígrafe de singular iluminación, prestado a la poeta argentina Alejandra Pizarnik, lo que nos señala y adelanta, como arte de difícil navegación, el periplo de su poemario, "*La muerte ha restituido al silencio su prestigio hechizante*", escribe la autora en **Fragmentos para dominar el silencio**, de donde toma Zambrano el título de su libro

Dominar el Silencio es una especie de tríptico, conformado por las secciones tituladas de modo elocuente: "Homenaje", "Canción del suicida" y "Elegías". En él, el escritor postula una poética donde ratifica los corolarios de la ceniza. El silencio, la mueca, el vacío, la ausencia, la instantaneidad de lo fugaz. A la vez rinde homenaje y expone una desusada admiración por los creadores de imaginarios universos verbales que eligieron morir por su propia mano. Así logra agarrar el vértigo y la oquedad de una voz que crepita entre el silencio y la ceniza, no sin superar insospechadas adversidades. Allí subyace una poética del más allá, un adentrarse en las fronteras de la indeterminación y la incertidumbre. Además exhibe un singular dominio de los recursos tropológicos; una particular llovizna de metaforizaciones en la que su "palabra deviene himno en tormenta". También ejerce la voz lírica del *alter ego*, de conciencia trascendente de lo temporal, que disconforme, acusa una frágil presencia entre los quehaceres cotidianos de los seres humanos; plenitudes arrojadas al vacío que pueden preguntar calculadoramente, así como en el poema "Miyó Vestrini": "*No temas/ da vuelta a la baraja / ¿Verdad que es sólo un sueño?*".

Tanto en la primera parte (Homenaje), como en la tercera (Elegías), Zambrano nos da la clave ancestral del mito de Ícaro como telón de fondo de una conciencia mítica, planetaria; éste es uno de los poemas más redondos de su libro: "Suicida": "*Ícaro siempre arriba/ más cerca del cielo/ que de la roca/ ala finísima/ estruendo/ lo demás es silencio*". Entre todos los símbolos que guarda el libro, asumo la recurrencia de Ícaro, tal vez el primer suicida, que imitó al pájaro y en su arrojado dejó a la humanidad una imperecedera alegoría de la libertad.

Mérida, Marzo de 2001.